

Meditación sobre la guerra

Por

Manuel DIEZ Alegría
General del Ejército de España

*Conferencia dictada en la
Academia de Guerra Naval de Chile.*

Me honra extraordinariamente el poder dirigirme a Uds. en este alto centro de enseñanza de la Marina chilena, una Marina de tan gloriosa historia y de tan continuada tradición que verdaderamente me obliga mucho más de lo que mis pobres conocimientos pueden dar de sí en esta conferencia.

Cualquier problema militar, sea estratégico, táctico, logístico u orgánico, exige como base inicial para su mero planteamiento fijar una postura ante los problemas del fenómeno bélico-guerra.

Una característica de nuestros tiempos es que se ha conseguido en cierto modo una uniformidad en la diplomacia. La comparación entre grandes y pequeñas potencias dentro de este campo de la Política Internacional, tiene mucho menos valor que hace algunos años. Hoy comparten las tareas de Política Internacional, lado a lado, representantes de países de muy diversas fuerzas, cuyas opiniones llegan a tenerse en cuenta, al menos en apariencia, sin que esta circunstancia tenga demasiado peso. Por el con-

trario, en el campo militar hace esos mismos años, y hablando en términos esquemáticos y generales, todas las guerras, incluso, con algunos matices, las guerras coloniales, venían a representar unas características comunes de lucha entre cuerpos organizados. En cambio hoy, a esa uniformidad del campo diplomático se contraponen una pluriformidad extraordinaria de la violencia.

Pueden señalarse hoy guerras tan diferentes como las que derivan de los extraordinarios descubrimientos de la época, con el desencadenamiento de gigantesca fuerza naturales, hasta la llevada a cabo por grupos de insurgentes empleando sólo metrallas y explosivos sin que pueda decirse que ninguna de las dos es la predeterminante o la más deficiente.

Por ello, en tanto va sedimentándose una doctrina definitiva, no parece descabellado ni fuera de lugar el exponer algunos puntos de vista sobre problema tan capital. Naturalmente, ello se hace únicamente a título personal y sin otro valor que el de una opinión más que puede contribuir, por poco que sea, a la formación de un juicio definitivo.

Esta exposición será, pues, una especie de soliloquio, desarrollado ante un auditorio digno de ideas y opiniones más autorizadas y al que anticipadamente pido perdón por mi osadía.

¿Es oportuno hablar hoy de la guerra? Indudablemente, se trata de un término que no está de moda. Un nuevo tipo de ironismo oportunista pretende desterrar como anticuada e inmoral la mención misma de la guerra. Se predica sin paliativos la no amistad con el arte de las armas y se considera la vida militar como algo incomprensible para esa mentalidad. Hasta algún ilustre prelado galo ha llegado a afirmar y mantiene que cualquiera que toma parte en una lucha, aún defensiva y justa, debe ser considerado automáticamente como criminal de guerra.

Tal postura no siempre es sincera, ni mucho menos. Podríamos poner como ejemplo de su hipocresía y peligrosidad la actuación en el pasado de cierto ministro de un gran país oriental, ardoroso partidario de la no violencia.

No obstante, sus convicciones a veces las olvidaba cuando el posible botín podía ser arrebatado de poderes débiles o en malas condiciones para su defensa. Pero las mantenía siempre en los areópagos internacionales como defensor, las más de las veces, de malas causas.

Al llegar para su patria la hora de la prueba, el ataque de las fuerzas comunistas encontró abiertas las fronteras e indefenso al país, que hubiera sucumbido sin el apoyo militar de otros más cautos que consideraron posible la guerra y se mantenían preparados para ella. Nuestro personaje, el Ministro indio Krishna Menon, zozobró en un ridículo fracaso, pero sus teorías continúan en muchas bocas.

Por falta de preparación para ello, no vamos a filosofar sobre el concepto de la guerra de hoy buscando dilucidar si se trata de una continuación de la política por otros medios o si es un estado permanente del devenir humano con altibajos de temperatura acordes con las circunstancias. Sí creemos que subsiste la idea capital de Clausewitz: la guerra es un acto de fuerza para imponer al enemigo el cumplimiento de nuestra voluntad.

Es claro que no es suficiente para precavernos contra la violencia el renunciar por nuestra parte a procurar esa imposición. Si otros quisieran doblegarnos, o habría de claudicar aceptándolo o que luchar rechazándolo, pues nos hallamos aún hoy lejos de contar con procedimientos eficaces para evitar las luchas armadas.

Nadie más que el soldado, que conoce de primera mano lo que la guerra es, su miseria, su angustia, su amargura, su terrible precio en sangre y en lágrimas, desearía evitarla.

Conviene no perder de vista que ni la proscripción, ni el bloqueo por hambre contra los no combatientes, ni las exigencias de rendición incondicional, ni el lanzamiento de bombas atómicas, ninguna de las decisiones atroces que han dado a la guerra el carácter apocalíptico que ha llegado a tener, fueron tomadas por hombres de uniforme, sino por civiles que presentaban muchas veces como muy cara a su corazón la idea pacifista.

Por mucho que quiera teorizarse, en nuestro tiempo la guerra sigue siendo un fenómeno social, y a nada bueno conduciría el adoptar ante ella la política del avestruz.

Como con la precisión de conceptos y galanura de lenguaje que le caracteriza, ha dicho el General De Gaulle: las armas han torturado, pero también modelado el mundo.

Vergonzosa y magnífica, su historia es la de los hombres. Ellas son generales, múltiples, eternas como el pensamiento y como la acción.

Y no se arguya que hoy los tiempos son distintos a los que precedieron a las grandes y desastrosas guerras mundiales. Desde el fin de la última, en pleno funcionamiento de las Naciones Unidas, y a pesar de esa repulsa que suscita el solo nombre de guerra, tenemos, citando de memoria y sin pretensiones exhaustivas, China, Birmania, Malaya, Palestina, Grecia, India, Pakistán, Corea, Indochina, Argelia, Egipto, Hungría, Chipre, Marruecos, Angola, Guinea, Congo, Malasia, Indonesia, Cuba, Venezuela, Colombia y ahora Bolivia, como nombres de países en los que hablaron las armas y se perdieron vidas, en muchos de ellos con reiteración.

No interesa ahora quién fue el culpable, ni por qué ocurrió el desastre. Limitémonos a señalar que en la época de ese bello neoirrenismo las guerras brotan, como brotarán siempre, hasta que Dios no ponga a ello remedio, tocando con su dedo la torcida mente humana.

Pero es que también éticamente, dentro de la moral de la Iglesia Católica, también hay que admitir la licitud de ciertas guerras. No procede citar a Pío XII, que lo señala paladinamente en alguna de sus alocuciones navideñas, porque tan insigne pontífice está ahora desacreditado como retrógrado para muchos progresistas. Tampoco hemos de ampararnos en expresiones de entrañable comprensión dirigidas a los militares por el antiguo Sargento, luego Juan XXIII, porque podría tacharse de fruto de su bondad inigualable.

Vamos a referirnos a un documento pontificio de fines de 1964, en el que el Papa Paulo VI, con su temperamento de intelectual puro que no le acerca a com-

prender razones militares, habla de la guerra. Dice S. S. en su Mensaje de Navidad de dicho año que todavía hoy las hermosas concepciones de la fraternidad entre los hombres son fácilmente caducas. Alborean en determinadas horas de la historia y de repente se oscurecen con la aparición de nubes contrarias. El hombre es inestable. La conquista de la verdad es ardua, el bien es difícil, el odio es más fácil que el amor.

Y en su discurso consiguiente, al Cuerpo Diplomático acreditado ante el Vaticano, aún es más explícito al señalar que el gran bien de la paz está lejos de poder ser garantizado a los hombres y a las naciones. Si ello es así, como nos lo dice el Papa, nada tiene de extraño que, volviendo a sus palabras del mensaje, al mirar con espanto cierto militarismo dirigido hacia armamentos cada vez más poderosos y destructores que absorben colosales energías de hombres y de medios materiales, alimentan la sicología del poderío y de guerra e inducen a fundamentar la paz sobre la base insegura e inhumana del recíproco temor, excluye taxativamente aquel otro militarismo orientado a la legítima defensa de los respectivos países y al mantenimiento de la paz universal. Y para rematar la idea, en su alocución dominical del 27 de diciembre, precisa que también le preocupan las violencias y guerra de guerrillas, que vienen sucediéndose en diversos países del mundo, que perturban la vida de los pueblos y causan incontables sufrimientos a sus pobladores, actuaciones que el "Osservatore Romano" del día 1º de enero de 1966 calificaba de crímenes que quedarán impunes.

Ello viene a poner de relieve la legitimidad de la defensa contra cualquiera de los modos que la guerra puede revestir en la actualidad. Por ello, puede concluir el Concilio Vaticano II y su constitución pastoral "Gaudium et Spes" referente a la Iglesia en el mundo contemporáneo, quienes se entreguen al servicio de la Patria dedicándose al ejército considerense como corresponsables de la seguridad y libertad de los pueblos, pues mientras lealmente cumplen con su deber, contribuyen en verdad al establecimiento de la paz.

Es un alivio moral para un Oficial, ver a su patria tan lejos de aquellas formas

que el Papa señala como contrarias a la fraternidad universal y que tienen relación con nuestra actividad.

Nuestros países no pueden calificarse de nacionalistas, puesto que cuando tienen alguna reivindicación territorial, se esfuerzan incansablemente en resolverla por la pacífica vía de la negociación.

A nadie se le ocurriría jamás tacharlos de racistas, calificativo que también cuadra a muchos paladines que combaten esta idea con las palabras, pero la llevan en el corazón.

De nuestro militarismo es una prueba el que considerándose en general como razonable destinar hasta un 7% de la renta nacional a los gastos de defensa, no alcanzaríamos en ningún caso ni la mitad de dicha cifra, ocupando los últimos lugares entre las naciones de una cierta importancia.

En cualquier caso, buenas son todas estas razones, pero en definitiva no somos nosotros, Oficiales profesionales, los llamados a dilucidar llegado el caso si la guerra en que se nos envuelva es o no lícita. En tanto no se nos ordenen inhumanidades o injusticias monstruosas que repugnen una conciencia recta, el deber militar es la obediencia, y si bien es cierto que según un dicho vulgar de hace algunos años, es criminal de guerra el General que pierde una guerra, la responsabilidad de desencadenarla, responsabilidad terrible, pero exigible con toda justicia sólo por Dios, está fuera de nuestro alcance. A nosotros sólo nos toca cumplir como buenos lo que juramos.

Al tratar ahora de las formas que reviste la que se ha llamado felizmente polimórfica violencia del mundo actual, vamos a tratar de mantenernos en un terreno lo más realista que nos sea posible, dado el carácter hipotético que hemos de dar a nuestras consideraciones.

Permaneciendo, pues, con los pies en el suelo, no vamos a tratar de Guerras Espaciales, de Rayos de la Muerte ni de otras formas, que sin que pueda descartarse su posibilidad para el futuro, rozan hoy, y posiblemente aún en muchos años, los límites de la fantasía de los escritos de ciencia-ficción.

Con toda clase de reservas, la evolución de la doctrina militar en este momento puede dar origen a considerar

varios tipos de guerras diferentes y que pudieran resumirse esquemáticamente en cuatro: Guerra Nuclear total, con empleo más o menos escalonado de las armas termonucleares en el escalón estratégico; Guerra General, de características que podríamos llamar clásicas, aún cuando se considere dentro de ella la posibilidad de emplear o no armas atómicas tácticas. Como una derivación de lo anterior puede considerarse una guerra también clásica, pero localizada, en que no se prevé el empleo de armas nucleares de ninguna clase. Por último, la más primitiva, pero la más típica de nuestro tiempo: la Guerra Revolucionaria. Es corriente hablar de la necesidad de considerar dos especies de conflagraciones: la Guerra Grande, cuyo peso han de llevar primordialmente las mayores potencias, y la Guerra Chica, que los pequeños países pueden verse obligados a enfrentar por sí solos. Pues bien, los dos primeros tipos que antes detallamos constituyen la Guerra Grande; los dos últimos, la Guerra Chica.

Guerra Nuclear Total

El más horrendo de los fantasmas de los tiempos presentes es la guerra nuclear de tipo estratégico, que aún adoptando el sistema de represalia graduada, preconizado en la doctrina Mc Namara, degeneraría pronto en conflicto total sin restricciones. Son sus armas propias los explosivos nucleares de fusión y fisión y sus vectores, singularmente cohetes intercontinentales, submarinos de propulsión atómica provistos de Polaris, que están sustituyendo en las flotas como "Capital Ships" a los sucesivamente destronados Acorazados y Portaaviones y, sujetos a muchas discusiones, pero probablemente en servicio aún por mucho tiempo, bombarderos estratégicos ampliamente dotados de medios de deprecación anti-radar. Defensa activa contra éstos la constituyen las Redes de Alerta y Control que por muy avanzadas que se coloquen proporcionan un tiempo muy corto para la reacción, submarinos nucleares de caza, aunque ésta resulte bastante aleatoria, Defensa Aérea en condiciones precarias y el hasta ahora inasequible proyectil antiproyectil. Es decir, en definitiva muy poco o nada.

Polarizado el mundo alrededor de dos estados plenamente poseedores de estos medios, los dos gigantes de nuestro tiempo, la única razón que impide el desencadenamiento de esta guerra apocalíptica es lo que ha venido a llamarse equilibrio del terror.

Ninguno de ellos sería capaz de descargar sus armas termonucleares sobre el otro si tiene la seguridad de que la réplica de éste devastaría a su vez el propio país.

Y nada importa que uno de los dos pueda poseer mayor número de ingenios que su contrario, si éste mantiene en cualquier caso una capacidad de réplica suficiente para destruir a su vez a su antagonista.

Como se ha dicho con frase apropiada, no tiene sentido volver a matar a los muertos, o aún mejor, como en el artículo del credo de la legión española, no se muere más que una vez.

Paradójicamente puede decirse que en una guerra nuclear sin restricciones entre los Estados Unidos y Rusia, el vencedor sería Australia. Y esto es perfectamente comprendido por los dos grandes que, no obstante su radical oposición ideológica, mantienen una especie de entendimiento que les ha hecho merecer el nombre tan justamente empleado por Raymond Aron de "Hermanos Enemigos"; cuando en algún momento se enfrentan en cualquier punto de la Tierra, extreman sus cuidados para que no se produzca en el conflicto la temible espiral que desemboque en la hecatombe atómica. Y por ello, el menos interesado de los dos, acaba cediendo terreno al otro, aún a costa de perder en parte la cara.

A esto responden todas las precauciones que se adoptan para evitar errores o vesanias que, al producir el disparo irresponsable de un proyectil, lleven al desencadenamiento de la terrible hecatombe. A esto responde también el establecimiento del teletipo rojo uniendo directamente el Kremlin con la Casa Blanca. A esto responde en el terreno de la fantasía el desenlace de la famosa novela "Fail Safe" con el aniquilamiento de Nueva York como holocausto por la des-

trucción de Moscú originada por una falla en los sistemas de seguridad para el empleo de las armas atómicas.

Por eso entendemos que dentro de la escasa certidumbre que puede caber en las previsiones humanas, esta amenaza pendiente sobre nuestras cabezas está sujeta por un cable muy fuerte y es poco probable que llegue a caer.

Somos así llevados a considerar que la potencia nuclear existente viene a constituir como un escudo, bajo cuya protección se esgrime la espada que quedaría constituida por las formas convencionales de guerra más o menos instruidas por el empleo de proyectiles atómicos tácticos.

Esta teoría tiene no obstante un punto débil constituido por la diseminación de las armas atómicas.

Una de las medidas que procuraron asegurar los "Hermanos Enemigos" fue mantener limitada a ellos dos solos la posesión de las armas nucleares. No era excepción a esta regla el que Inglaterra tuviera acceso a los secretos atómicos, ya que las relaciones especiales que la mantienen sujeta a los Estados Unidos y de las que en gran parte depende su propia existencia, hacía de ella un juicioso detentador de este trágico juguete.

Pero posteriormente otras naciones menos dóciles han empezado a jugar con él y aunque al principio lo vengán haciendo con sus formas rudimentarias, el progreso científico no se detiene y es de temer que llegarán a alcanzar desarrollos más complicados. No obstante, no parece deba presumirse que en un futuro próximo hayan de existir cuatro o cinco verdaderas potencias termonucleares.

Inglaterra tiene ya estas armas, así como aviones capaces de lanzarlas y, muy pronto, submarinos nucleares provistos de cohetes.

Francia pone en servicio bombas atómicas y aparatos Mirage IV, empieza a desarrollar submarinos nucleares portacohetes y no es arriesgado pensar que pronto poseerá bombas termonucleares e ingenios portadores de tipo intermedio.

Dentro de algunos años, China conta-

rá con algunas bombas atómicas y aparatos capaces de transportarlas.

Otros países, Egipto, Indonesia, la India misma, podrían entrar en este juego, mientras que otro número de ellos mantiene una cierta capacidad para hacerlo, si lo desea así, pero ninguno de éstos merece atención en el futuro inmediato.

En todo caso, y limitándose a los tres citados en primer lugar, cualquiera de ellos llegará a disponer de fuerzas de disuasión capaces de hacer frente a las de otro de ese mismo grupo, pero nunca para enfrentarse con uno de los dos grandes, los cuales, por tanto, seguirán imponiendo las reglas del juego.

Ya hemos hablado del caso de Inglaterra.

Francia es, además, vulnerable por lo exiguo de su territorio para entrar en una competición atómica, y su propósito, al poner en pie su "Force de Frappe", es como se auguraba y se ha confirmado explícitamente con ocasión de la reunión de la OTAN de 1964, servir de iniciador de una fuerza atómica europea que quedaría bajo su dirección, pero que aún lograda resultaría tan vulnerable como Francia aislada.

El caso más peligroso por hoy es el de China, pueblo orgulloso y lleno de complejos por su humillación anterior, dirigido además por un estadista, Mao Tse-Tung, del que todo nos separa, pero que hemos de reconocer ha sido posiblemente el más destacado de su tiempo, hasta el punto de habersele denominado, quizás con exageración, el Clausewitz del siglo XX.

Contra lo que se pensó en un principio, ha conseguido un arma atómica de cierta importancia que presumiblemente no tardará mucho tiempo en desarrollar hasta llegar a la termonuclear.

Es cierto que en materia de vectores aún no está demasiado adelantada, pero no por ello deja de constituir un peligro cierto ante el poder que deriva de esa poderosa voluntad.

De aquí que los dos grandes hayan hecho y continúen realizando los mayores esfuerzos para oponerse a todo progreso ajeno en ese campo y que probablemente desembocarían en represalias conjuntas de tipo psicológico, económico

o incluso violento si la índole de la amenaza llegara a aconsejarlo.

Por todo ello, nos permitimos sentar la conclusión de que la guerra nuclear sin restricciones es altamente improbable, aunque quede siempre la posibilidad de que se produzca y mantengamos a un lado el interrogante de la actitud china.

Guerra General

El segundo tipo de guerra a que nos hemos referido es el de la que llamaremos Clásica y General, es decir, con intervención en puntos vitales de algunos de los grandes o de potencias lo suficientemente poderosas para que su actuación amenace arrastrar a aquéllos a la lucha.

A primera vista, puede parecer que al admitir la posibilidad de emplear armas nucleares en un conflicto de este tipo, debería dar lugar a subdividirlo en dos grupos totalmente distintos. Pero un examen más detallado de la cuestión revela que no es así.

En efecto, basta el hecho de que potencialmente dicha clase de armas puede ser empleada, lo cual puede siempre presumirse al tratarse, como hemos dicho, de potencias importantes, para que ambos contendientes se vean obligados a adoptar desde el primer momento las disposiciones correspondientes ante la inseguridad de que el otro pueda tomar la iniciativa de lanzar aquéllas en un momento que su contrario desconoce.

No cabe, pues, a nuestro juicio, el considerar una organización y empleo de las Fuerzas Armadas diferenciados por ambos casos, sino que es indispensable adoptar desde ahora los despliegues derivados de la aparición de estas armas.

Por otra parte, ello no representa una revolución orgánica, puesto que desde cierto punto de vista, sólo viene a constituir un nuevo paso adelante en el proceso de aligerar las formaciones, que nos lleva desde la maciza falange griega al grupo de combate de la Guerra Mundial.

En esa evolución venían dispersándose los combatientes, pero se mantenían en la mano las unidades. Ahora en un avance más decidido, se inicia también la dispersión de los elementos de estas últimas, gracias sobre todo al progreso de las comunicaciones.

Tampoco una guerra de esta clase parece probable. En efecto, casi inevitablemente vendría a iniciarse como consecuencia la temida espiral nuclear.

Aunque se empezase con medios estrictamente clásicos, el contendiente que llevase la peor parte se sentiría tentado a recurrir a sus armas atómicas tácticas, provocando la adecuada respuesta del otro.

Y como la separación de conceptos entre los ingenios tácticos y los estratégicos es indefinible, se llegaría, paso a paso, a la guerra termonuclear que hemos examinado anteriormente.

Por tanto, puede decirse, de admitir esto, que ninguno de los dos grandes ni, tras pasadas experiencias, las potencias intermedias, han de empeñarse en lucha alguna de este tipo. Queda, no obstante, el peligro de que un conflicto iniciado con carácter local, del tipo que trataremos a continuación, por alguno de los países que desarrollan una política más agresiva, China, Egipto, hasta hace poco Indonesia, pueda llevar al empleo de bombas nucleares y con ello pudiera llegarse a arrastrar a la guerra sucesivamente a mayores potencias, desencadenando progresivamente una guerra general de las que estamos considerando, para desembocar finalmente en una Guerra Termonuclear total.

Tampoco esto parece probable, pues esos países podrían verse contenidos en sus aparentes arrogancias, bien por restricciones económicas, ayuda que necesitan ineludiblemente la mayor parte de ellos, bien por una coacción conjunta de los dos polos de la política mundial.

Se insiste, pues, como final del examen de los dos tipos anteriores, en que no debe preverse como hipótesis más probable para el próximo futuro, ni una guerra nuclear total, ni una guerra general de tipo clásico, con o sin empleo de armas atómicas tácticas.

Ello no quiere decir que los estados no deben precaverse contra su posibilidad, por remota que pueda parecer, adoptando las oportunas medidas defensivas y manteniendo unidades dispuestas a desarrollar esos tipos de guerra, ambas cosas naturalmente en la medida que sus recursos se lo permitan, pero sobre

todo nunca dejarán de instruir sus fuerzas armadas en el manejo de esos ingenios y en la táctica de dispersión consecuente a la aparición de las armas de que se trata.

Guerra Localizada

El tercer tipo que hemos considerado, la guerra de tipo clásico y objetivos localizados, es siempre previsible para aquellos países que tengan fronteras comunes con naciones de independencia reciente y nacionalismo exacerbado.

Instigados por éste, por razones políticas internas o por otras potencias a quienes ello puede interesar y con cuya ayuda han de contar siempre, aquellas naciones pueden llegar a provocar conflictos con terceros.

Limitada esta guerra a determinados puntos de fronteras comunes, parece puede resolverse por los procedimientos hasta ahora normales, ya que suele originarse por países con Fuerzas Armadas poco considerables.

No obstante, la intervención en su apoyo, generalmente indirecta, de otras potencias más fuertes puede hacer derivar el conflicto hacia otros tipos más complicados y de más difícil solución.

Es cierto que las ayudas que algunos de los grandes han concedido hasta ahora para esta clase de luchas, nunca han rebasado límites moderados ni comprendido armas de un tipo muy avanzado.

Pero no debemos olvidar la agresividad que viene manifestando China y el grado de desarrollo que está obteniendo, que le permitirá ayudar a esos países con una potencia de que hasta ahora han carecido.

Sin embargo, son de aplicación también a estos tipos de lucha las consideraciones repetidas para los dos anteriores, acerca de una política activa de contención del conflicto llevada adelante, bien directamente por alguno de los grandes, bien gracias a inspiración suya por fuerzas de las Naciones Unidas.

Guerra Revolucionaria

Es lo más probable que un conflicto localizado del tipo que acabamos de considerar venga a ser secundado por la for-

ma de lucha que podemos calificar como característica del día de hoy: "La Guerra Revolucionaria", o en castizo castellano, "La Guerrilla".

Es éste un tipo de lucha para el que esos países recientes están mucho mejor preparados por su mismo subdesarrollo que los más o menos relativamente opulentos ciudadanos de la generalidad de los países occidentales.

Por ello se trata de un tipo de guerra exhaustivo, que suele terminar por el abandono de la partida del más fuerte agotado por el interminable esfuerzo necesario y la escasez de los frutos recogidos.

Hay que señalar ante todo la enorme desproporción de las fuerzas empeñadas cuando la naturaleza y el terreno favorecen la actuación de las guerrillas.

Unos 5.000 chinos se mantuvieron durante años en las junglas de Malaya frente a decenas de millares de soldados ingleses.

400.000 franceses fueron incapaces de acabar con la insurrección argelina, aunque el número de rebeldes no se estimaba mayor de 15.000 hombres.

Tal vez la razón principal de esta paradoja sea la carencia de convicción en los atacados acerca de su propio papel.

Una vez más sería verdad la frase de José de Mest de que "Un ejército vencido es un ejército que se cree vencido". Pero no debe perderse de vista que toda guerrilla sucumbe si no cuenta con una ayuda exterior que le suministre medios de combate y que, en muchos casos, distraiga las fuerzas atacadas de la tarea de persecución de los guerrilleros.

Parece, pues posible actuar indirectamente contra las guerrillas atacando o cortando sus fuentes de apoyo, pero para ello nos encontramos con un grave inconveniente, que se extiende no sólo al caso de la guerra revolucionaria, sino también al anteriormente considerado de conflicto localizado. Este grave inconveniente es el fracaso a que se ha llegado en las tentativas para definir lo que es una "Agresión".

Entre las dos últimas guerras, el llamado "Comité Politis" había establecido en la Sociedad de Naciones los cinco

casos posibles de agresión, pero este acuerdo no tuvo virtualidad.

También las Naciones Unidas trataron de fijar este concepto discerniendo entre "Agresión Directa" y "Agresión Indirecta", pero ante las dificultades suscitadas acabaron por renunciar a hacerlo y utilizaron preferentemente otros conceptos comprendidos en la Carta: ruptura de la paz, amenaza a la paz y a la seguridad internacional, atentado contra la integridad territorial o independencia política de los países.

El término "Agresión" ha quedado hoy restringido a un solo caso: al de ser rebasadas las fronteras de un Estado por las tropas regulares de otro sin consentimiento del primero. La propaganda, los agentes de subversión, los comandos terroristas pasan a través o sobre las fronteras sin ser condenados formalmente por las organizaciones internacionales ni siquiera por los intérpretes del Derecho de Gentes, que prefieren inclinarse ante las realidades de la guerra fría.

Quizás la única respuesta posible a la guerrilla sea la contraguerrilla, siempre que se disponga de hombres que no superestimen su vida, no corrompidos en exceso por la molicie, que sobrepongan sus ideales o su amor al riesgo y a la aventura a cualquier otra consideración y estén, a la vez, en condiciones de adoptar los métodos de vida y de combate de los guerrilleros.

Llevar la guerrilla al país inmediato o mediatamente agresor, puede ser la solución para el afectado por este género de lucha.

Hasta aquí, las conjeturas. Tratemos de examinar si los hechos, aún limitándonos a los más salientes, se pronuncian en apoyo de las mismas. Vamos a examinar brevemente las crisis de Berlín y Corea, detenernos un poco más en las muy aleccionadoras de Suez y Hungría, dedicar una ojeada a la bien reciente de Cuba y por último tratar de ver algo en lo que concierne al enigma chino.

PRIMERAS CRISIS. BERLIN 1948, COREA 1950.

Es indudable que en los dos primeros conflictos son los Soviets los que han disfrutado de la iniciativa. Pero siempre se

han reservado una puerta de escape sin quemar tras ella sus naves. Así, no proclamaron oficialmente el bloqueo de Berlín. Invocaron dificultades técnicas, bien en los canales, en los ferrocarriles o en las carreteras, conservando siempre la posibilidad de retroceder sin perder la cara si los occidentales hubieran reaccionado violentamente. No trataron nunca de interrumpir el tráfico aéreo, cosa que técnicamente les hubiera sido posible. En realidad, ambos adversarios respetaron la regla del juego que, en definitiva, fue la renuncia a recurrir a las Fuerzas Armadas. Los cazas soviéticos no atacaban a los grandes aviones de transporte, a los que hubieran derribado fácilmente, pero por su parte los occidentales no trataron de forzar el paso por tierra. No derivaba ello de un acuerdo claramente formulado, sino de la voluntad común a los dos adversarios de no dejar de ser dueños de los acontecimientos. Es posible que si los americanos hubieran tratado de enviar a viva fuerza un convoy armado o los rusos hubieran interrumpido el tráfico aéreo, la parte contraria no hubiera disparado, pero había que considerar esa posibilidad, ya que se les colocaba en el dilema de una derrota demasiado espectacular para ser tolerable sin recurrir a las armas. El Puente Aéreo representó una solución intermedia, aceptable para ambos sectores.

Al empezar el conflicto de Corea, los EE.UU. tenían aún prácticamente el monopolio de las armas atómicas y, sin embargo, no las emplearon para forzar la decisión. Tal vez los estrategos americanos decidieron que no existía en Corea blanco que justificase el empleo de un arma entonces aún rara y costosa. Tal vez la inerme Europa constituía un oportuno rehén.

Quizás la propaganda soviética para poner fuera de la ley las armas de destrucción masiva y extender la convicción de que cualquiera explosión marcaría el principio del holocausto, cambió el curso de los acontecimientos. En cualquier caso, la bomba no fue usada y ello supuso la terminación automática de la propaganda de Moscú, que muy poco después lograba también su primera explosión termonuclear.

Dejando aparte la cuestión del no empleo del arma atómica y concretándonos a las hostilidades del tipo clásico, la misma voluntad común de limitación se expresa en Corea por otras cortapisas mutuas. Los americanos no llevaron las hostilidades más allá de la frontera chino-coreana. No hubo bombardeo de las bases chinas en Manchuria, ni de las americanas en el Japón. Los submarinos soviéticos no trataron de cortar las comunicaciones entre el Japón y Corea.

Por acuerdo implícito, este último país fue transformado en palenque donde dirimieron su querrela los dos bandos. Todo ello condujo a una partida nula que no tenía por qué haberlo sido fatalmente.

UN MOMENTO CRUCIAL PARA EUROPA: SUEZ, HUNGRÍA, 1956.

La crisis de Suez, interesante en su desarrollo y trascendental por sus resultados, sería digna de un examen detenido, que la falta de tiempo nos veda intentar. Vamos a tratar, no obstante, de exponer una síntesis de los hechos, deteniéndonos más en los políticos y diplomáticos que en los puramente militares, ya que con aquéllos se pone de relieve el acuerdo tácito y casi involuntario de los dos "Hermanos Enemigos" a través de difíciles subterfugios que se ven a veces obligados a adoptar.

La firma del Pacto de Bagdad, la Reunión Neutralista de Bandung y el retiro de la ayuda americana para la presa de Asuán, figuran entre las causas principales que el 24 de julio de 1956 llevaron al Coronel Nasser a proclamar la incautación del Canal de Suez. Al ocurrir este hecho, la situación de las distintas potencias venía a ser la siguiente: Tanto Inglaterra como Francia deseaban restablecer su privilegiada situación respecto al Canal. La primera trata al mismo tiempo de mantener su prestigio en el mundo árabe. Francia busca además impedir que Egipto continúe prestando a los rebeldes argelinos una ayuda que estima decisiva para la prolongación de esta lucha. Ambas potencias, además, ven dificultados sus suministros de petróleo. Las dos desearían intervenir inmediatamente para deponer mediante un

golpe de violencia al molesto dictador egipcio, pero su impreparación, en ese momento, es total. En ese instante sólo la 6ª Flota americana cuenta en el Mediterráneo.

Israel, todavía inseguro tras su precario armisticio, se ve constantemente amenazado en potencia por los países árabes y con más realidad, por los golpes de mano de los fedayin egipcios. Teme, también, que el Canal en manos de uno de sus adversarios pueda representar un duro golpe para su propia vida. Tampoco está preparado militarmente, si bien la movilización de sus fuerzas es mucho más rápida y expedita que la de las otras dos potencias.

Los Estados Unidos se encuentran en un año electoral, en el que no desean afrontar conflictos importantes que puedan influir en los votos ni estropear el slogan "Eisenhower hombre de paz" que tanto contribuyó a la primera elección del General. En marzo, el Presidente norteamericano había señalado ya que una guerra en el Oriente Medio sería una catástrofe, pero por otra parte, el oponerse resueltamente a la postura franco-inglesa podía representar la ruptura de la Alianza Occidental, no menos temible a los fines electorales.

La Unión Soviética se había limitado a calificar como legítima la decisión de Nasser, mientras que el mundo árabe, tal vez con la sola excepción de la Siria de Nurisai, había empezado a apoyar la decisión de Egipto.

Ante esta situación, todos los interesados tratan de demorar la decisión para poner a punto sus elementos. Inglaterra, conformándose con el desacreditado papel de brillante segundo, fundado en su especial "relationship" con los Estados Unidos, trata de conseguir su apoyo moral y la cobertura de la 6ª Flota para la operación que proyecta.

Tras muchas conversaciones, Inglaterra y Francia por una parte y los Estados Unidos por otra, llegan al acuerdo de convocar una Conferencia Internacional que examine en conjunto el problema creado por la incautación del Canal de Suez.

Aparentemente acordes, ambas partes tienen, sin embargo, muy diferentes pun-

tos de vista. Inglaterra y Francia ceden a negociar para ganar tiempo con vistas a preparar su empresa de eliminar a Nasser. También los Estados Unidos se proponen prolongar las negociaciones hasta que el transcurso del tiempo deje sin justificar cualquiera acción militar, pero no sin señalar que, en el juego iniciado, se corre el riesgo de desencadenar una Guerra Mundial, por lo que es necesario prevenir toda intervención violenta.

Con este desacuerdo latente, se reúne en agosto la Conferencia de Londres, viciada por la ausencia de Egipto, que es parte principal, ausencia motivada por un discurso de Eden, deliberadamente injurioso para el dictador egipcio, buscando obligar a éste a esa abstención.

En Lancaster House se trata de llegar a un acuerdo aceptable por todos. El punto culminante de la reunión se produce con la intervención del delegado soviético Shepilov, quien afirma que los preparativos militares franco-ingleses constituyen una violación de la paz en el Próximo y Medio Oriente y que pueden degenerar en un conflicto de envergadura. Finalmente se llega a un acuerdo por la mayoría de los asistentes.

Mientras tanto, ha empezado en secreto la planificación de la empresa guerrera que ambos aliados occidentales se proponen llevar adelante con la colaboración de Israel. El órgano para este trabajo es denominado Terrapin, es decir, tortuga, nombre sin duda simbólico ante las vacilaciones, cambios, temores y retrocesos, en definitiva lentitud, que van a caracterizar estas operaciones preliminares.

Baste señalar que la denominada inicialmente "Operación 700", que tiene por objetivo un desembarco en Alejandría, va dando origen sucesivamente al "Plan Mosquetero", "Plan Mosquetero Revisado" y por último al "Plan Mosquetero Revisado Definitivo". Suponiendo más adelante que la resistencia egipcia va a derrumbarse, se superponen a los anteriores el "Plan Omelette", que cambia después en el "Simplex", para en definitiva llevar adelante el "Plan Telescopio". Creemos basta esta simple lista para dar una idea de la falta de decisión en el Planeamiento de las Operaciones,

debida casi siempre a interferencias de una política británica fluctuante.

En definitiva, la decisión consiste en una operación israelí para apoderarse de la península sináitica, a la que seguiría un lanzamiento de paracaidistas en Port Fouad, Port Said y su aeródromo, para abrir paso a un desembarco marítimo con avance rápido sobre El Cairo y el Canal, todo ello a cargo de fuerzas franco-inglesas.

Al no aceptar Egipto el acuerdo de los 18, Francia e Inglaterra, a pesar de los esfuerzos en contra de los Estados Unidos, plantean el caso en el Consejo de Seguridad, suponiendo que ello obligará a Rusia a vetar cualquier acuerdo positivo y enfrentándola así a Norteamérica. Pero entonces se desarrolla una lucha de terminología jurídica que impide entrar en el fondo de la cuestión.

Se debate si en el lenguaje de la Carta el problema presentado es una "disputa" o una "situación", y ello prolonga indefinidamente las sesiones.

Entretanto, Dulles precisa que aunque tuviera derecho a ello, su país nunca se abriría camino a cañonazos; que él preferiría desviar sus transportes por el Cabo de Buena Esperanza y que en ningún caso se identifica con las potencias coloniales.

La Unión Soviética llama la atención a los que se proponen lanzarse a una aventura militar, y su presidente, Mariscal Bulganin, dirige a Eden una carta de advertencia.

Con motivo de la agitación reinante en Jordania, Israel prepara sus fuerzas, en apariencia, para actuar sobre aquél. Pero en realidad, para tomar parte en la proyectada operación contra Egipto.

Todos estos hechos provocan una gran alarma en los medios oficiales de Washington, a los que al parecer suministran detallada información los servicios diplomáticos soviéticos.

El 29 de octubre se produce la ofensiva israelí. Una fuerza de paracaidistas es lanzada ante el paso de Mitla mientras que una brigada motorizada trata de conseguir contacto con ella desde la frontera.

Casi al mismo tiempo, por el Norte y por el Sur del anterior, avanzan fuerzas

blindadas, a la vez que unidades de infantería atacan las fortificaciones del corredor de Gaza. La gran decisión israelí, su energía para vencer los obstáculos que el terreno y la falta de medios representan y también el apoyo de fuego y transportes y hasta naval por parte de los franco-ingleses, teóricamente neutrales, deciden una victoria rápida, que sólo detiene su empuje a 16 kms. del Canal, conforme estaba convenido con sus aliados. Estos presentan en tal momento su ultimátum a los dos contendientes, cominándoles a suspender el fuego y expresando su propósito de ocupar la zona intermedia entre ambos, es decir la zona del Canal, para separarlos. Pero a este ultimátum sigue la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU, en la que los Estados Unidos presentan una propuesta de alto el fuego. Los ingleses tratan de ganar tiempo, pero los americanos, apoyados en su actitud por los soviéticos, insisten en la decisión inmediata y consiguen una votación favorable que es inefectiva por el veto de Francia e Inglaterra. Ante tal ineficiencia, se reúne urgentemente la Asamblea en la que se aprueba por gran mayoría la proposición americana de "alto el fuego" y renuncia a ulteriores intervenciones empezando a tratarse del envío a la zona debatida de una fuerza internacional. Ello obliga a los franco-ingleses a acelerar su operación, para no verse obligados a renunciar definitivamente al objetivo de acabar con Nasser y reconquistar el dominio del Canal.

Se bombardean los aeródromos y la misma capital egipcia y, por fin, se lanzan paracaidistas en los puntos convenidos, de los que se apoderaron con facilidad. En ese momento, empiezan a marcarse divergencias entre ambos aliados. Más cauta Inglaterra, más temeraria Francia.

Pero en cualquier caso ha fallado el doble juego político practicado por ambas potencias frente al Oeste, amenazando veladamente con una posible ruptura de la Alianza Atlántica, y frente al Este, especulando con la política de apaciguamiento de Krushev, que atribuía una lucha sin destino por el poder. Esta última hipótesis, sobre todo, quedaba desmentida esos mismos días por la actuación

decidida de 400.000 soldados soviéticos contra la desgraciada Hungría.

En ese momento se produce el golpe espectacular.

En carta dirigida al Presidente del Consejo de Seguridad, el Ministro de Asuntos Exteriores soviético Shepilov invita a los gobiernos de Gran Bretaña, Francia e Israel a cesar sus operaciones militares en Egipto, sin lo cual, será organizada contra ellos una acción común americano-soviética. Gesto hábil, puesto que no sólo la Unión Soviética emprendería su actuación en nombre de la casi unanimidad de las Naciones Unidas, sino que si Norteamérica tratase de oponerse a ello, se opondría a la propia política que venía defendiendo durante 3 meses y particularmente en los últimos días. El delegado americano se manifestará indignado del cinismo soviético que habla de la libertad de Egipto, mientras que en Hungría... Pero sólo se trata en realidad de discursos electorales, ya que no pueden oponerse a la propuesta rusa.

Las cosas han cambiado en Egipto. Un intento de Guerra Sicológica iniciado por los ingleses fracasa lamentablemente por la torpeza de adoptar desde el principio un tono amenazador. Y al mismo tiempo se inicia en Port Said una Guerra de Guerrillas que pone en dificultades a los ocupantes.

Israel acepta inmediatamente el ultimátum y se retira de la península de Sinaí, mientras sus compañeros en la partida fallida tratan vanamente de salvar la cara, sin que al cabo les quede otro recurso que la retirada cubierta por el aparente relevo de los primeros "cascos azules".

Mientras esta crisis se desarrollaba, tienen lugar los lamentables acontecimientos del levantamiento húngaro, que provocan la repulsa del mundo entero.

Las fuerzas soviéticas aplastan toda resistencia sin otra dificultad que puros desahogos retóricos en las Naciones Unidas, en los que su formidable rival, los Estados Unidos, toman parte destacada. Ni siquiera se intenta el tratar de imponer la débil resolución adoptada, limitándose a asistir pasivamente al sacrificio que farisaicamente se lamenta.

Se trataba de algo vital para la Unión Soviética en sus relaciones con los países satélites.

La insurrección húngara difería sustancialmente de las anteriores en Alemania y Polonia. Estas propugnaron cambios dentro de un régimen comunista. Pero la de Hungría representaba la ruptura absoluta con éste para resolver al pluripartidismo. El consentirlo podría suponer el principio del fin del sistema planetario soviético y, militarmente, obligar a retraer 600 kms. la cadena de radares que cubre por el Oeste el Imperio Rojo. Oponerse a la actuación rusa podía representar la guerra y los Estados Unidos se abstuvieron de hacerlo de un modo activo.

ACONTECIMIENTOS MAS RECIENTES. CUBA 1962. LA EXPLOSION ATOMICA CHINA.

Tratemos ahora de la crisis cubana del 22 de octubre de 1962.

Los Soviets habían ido estableciendo en la isla de un modo subrepticio importantes instalaciones militares ofensivas hasta que el vuelo de un U-2 el 14 de octubre puso de manifiesto que la gran cantidad de informaciones señalando esos trabajos rusos, que hasta entonces había sido menospreciada por los ideólogos del pacifismo y de la convivencia, correspondía a un hecho cierto. Diplomáticamente, ello tenía el triple objeto de humillar políticamente a la nación americana, minar el crédito norteamericano en el mundo y crear un clima de terror para ulteriores conversaciones referentes a Berlín.

En el campo militar, se añadía a ello el deseo de crear una fuerza importante de cohetes atómicos en el mismo borde de los Estados Unidos para contrarrestar la ventaja que estos últimos disfrutaban en el campo estratégico, tanto por la posesión de mayor número de armas, como por las condiciones geográficas de que gozaban para el asentamiento de las mismas.

Se había producido un hecho que Washington no podía tolerar, so pena de perder todo su prestigio, capitulando prácticamente ante la agresiva voluntad

soviética. Por ello, la reacción del Presidente Kennedy estuvo en el mismo orden que la del Presidente Truman cuando en 1950 se desencadenó la agresión roja en Corea, con la diferencia de que ahora todo fue cuidadosamente preparado.

Las 4 Divisiones del 18 Cuerpo Estratégico Aero-transportado y los Marines se prepararon para una eventual invasión de Cuba, representando más de 100.000 hombres. Las unidades de la flota abandonaron sus bases, nidos posibles de bombas, para hacerse a la mar.

Los submarinos nucleares armados de Polaris se dirigieron a sus puestos señalados de combate. La Fuerza Aérea Estratégica fue diseminada entre un considerable número de aeródromos militares y civiles.

Toda la poderosa máquina militar de los Estados Unidos entró en estado de alerta, muy particularmente las unidades aéreas cuya condición de defensa "Defcon-2" era la inmediatamente anterior al disparo. Entonces se anunció que "en la tarde del 22 de octubre el Presidente de los Estados Unidos pronunciaría un discurso de gravedad trascendental".

La preparación bélica no había hecho olvidar la diplomática y así, todos los países aliados, amigos o neutrales, fueron ampliamente informados de las causas y conocieron aquel discurso dos horas antes de que fuera pronunciado y aún, para algunos, la anticipación fue mayor. Siempre recordarán la terrible tensión de la tarde de aquel lunes las pocas personas que estaban al tanto de lo que iba a producirse y meditaban en las consecuencias que podrían resultar de ello. Nada menos que la Guerra Atómica Total.

Pero enfrentada ante un riesgo terrible y bien determinado, Rusia dio marcha atrás. Soportó el bloqueo de Cuba y retiró todos los cohetes que habían sido la causa de la crisis.

Una vez más, aquel de los Grandes que tenía menos interés en la partida retiraba su puesto ante la decisión total del otro, aunque ello supusiera una pérdida de prestigio considerable.

Bien es cierto que, como contrapartida, los Estados Unidos se comprometieron muy condicionadamente a no inten-

tar en el futuro una invasión a Cuba y también lo es, que algún tiempo más adelante, desmontaron los cohetes de alcance medio que tenían instalados en Turquía e Italia, aunque esto no tenía relación directa con el asunto cubano.

Pero no es menos cierto que el prestigio de la Unión Soviética se vio seriamente afectado y no pueden olvidarse las repercusiones de este hecho en las relaciones ruso-chinas, en las que hemos de resaltar la respuesta de Krushev a la bravata de su oponente al fanfarronear que los americanos eran sólo un "Tigre de Papel", precisando que ese "Tigre de Papel" tenía dientes nucleares".

Veamos, por último, los acontecimientos que se están verificando, en torno a la posesión y desarrollo de armas nucleares por parte de China.

Rusia, que la había ayudado a dar los primeros pasos en el campo de la aplicación pacífica de la energía nuclear, incluso con la cesión de una pila de tipo anticuado, cambió de conducta al percatarse de los progresos que se realizaban, y retiró prontamente toda clase de apoyo, lo que indudablemente está en el origen del conflicto que hoy separa a los dos gigantes del comunismo mundial.

Este precio, pagado para acortar el progreso atómico chino, es más elevado de lo que parece, hasta el punto de que posiblemente pueda presentarse como una de las causas de la caída de Krushev, su propósito de acelerar la producción de bienes de consumo y mejorar el nivel de vida de la población a costa de la reducción de los gastos militares, con lo que perdió el apoyo del Ejército rojo, patrióticamente muy preocupado por las apetencias chinas en Siberia.

Pero no es sólo Rusia la que adopta medidas destinadas a frenar esa amenaza. También los Estados Unidos, circunscribiéndonos a los días posteriores a la explosión de la primera bomba atómica china, notificaron que enviaban al Pacífico el primero de una flota de siete submarinos Polaris, subrayando que cada uno llevaba 16 cohetes A-2 de cerca de 3.000 kms. de alcance, con lo cual, añadía la noticia publicada en la prensa, "aproximadamente la mitad de China queda bajo su acción". También lo que-

dará una parte de la Unión Soviética, pero no obstante eso ni se menciona y Rusia no se ha dado por aludida, mientras que China protesta desde el día siguiente por la presencia en sus aguas de esos submarinos. Y hasta en ocasiones, los dos grandes se han unido en su actuación anti-china, como ocurrió cuando las agresiones a la India en Assam y Ladakh, en las que los suministros de armamentos y materiales enviados al agredido procedían al mismo tiempo de ambos campos rivales que contribuyeron así de momento a detener la agresión. Actuación comparable han desarrollado con ocasión del conflicto indo-pakistano.

Los hechos anteriores nos confirman las tesis anteriormente razonadas. Vemos que cuando los intereses de las dos superpotencias coinciden sin ser capitales, ambas partes se asegurarán la posibilidad de una retirada que evite un conflicto general como en Berlín. Cuando el envite es trascendental para uno de ellos, el otro abandona, y así los Estados Unidos ante el caso húngaro, o más dramáticamente la Unión Soviética en el de Cuba.

Ambos adoptan actitudes convergentes cuando la pretensión de otro país de forzar la entrada en el "Club Atómico" puede encerrar una amenaza potencial de guerra total como frente a China. Llegado el caso, intervienen más o menos abiertamente, incluso contra sus propios aliados, haciéndolo retroceder cuando alguno se embarca en una aventura que hace tambalear, por poco que sea, la precaria paz en que vivimos, de lo que Suez es un ejemplo de importancia trascendente. Por último, son capaces, aún en las más delicadas condiciones e interviniendo activamente uno de ellos, como en Corea, de localizar un conflicto tan duro y cruento que parecía presentar todas las características de una Guerra General.

¿Qué aplicación puede tener nuestra meditación acerca de las diversas clases de guerra y su probabilidad actual en relación con la organización militar de una potencia media occidental en vías de desarrollo como nuestros propios países?

En lo que a la guerra de tipo nuclear se refiere, ese país difícilmente tendría la posibilidad, así como tampoco probablemente la necesidad ni el deseo, de

tomar la iniciativa en desarrollar los elementos necesarios no sólo en lo que a explosivos termonucleares se refiere, sino tampoco en lo que a los vectores complementarios respecta. Por ello no parece menester dedicarle más atención que la indispensable para mantenerse al día de sus progresos y capacidades, con el fin de aprovechar en cualquier momento las circunstancias continuamente cambiantes que pudieran venir a serles favorables. Cabría, sin embargo, desarrollar lo mejor posible la hoy denominada "Protección Civil".

Analícemos ahora el caso de la Guerra General, de la que llamamos clásica. Es posible que un país como el nuestro en coalición con otras potencias, podría verse llamado a participar en ella, aunque seguramente no sería pieza capital de la coalición. En ese caso, la misión para sus fuerzas se decidiría dentro del mando combinado, o bien sería adecuada a su potencia, o bien se complementaría éste con los medios suficientes para desempeñar la que se le asigne. Ello quiere decir que de no renunciar absolutamente a contar, por ligeramente que sea, en la política internacional, todo país de cierta importancia debe mantener por lo menos un núcleo reducido de fuerzas capaces de un empleo inmediato en un conflicto de ese tipo. Y cabe señalar de pasada que el bando occidental, no obstante su formidable potencia en otros campos, está hambriento de divisiones.

Por lo que respecta a las armas atómicas tácticas, tal vez no sería recomendable ni político el que ostensiblemente tal pequeño país se dedicase desde luego a su fabricación, aunque como hemos dicho anteriormente, ésta sea poco complicada y al alcance de todas las naciones de mediano desarrollo técnico. Pero sí sería de desear, que al llevar adelante los programas de utilización pacífica de la energía nuclear, se dejasen sentadas las bases para pasar en corto plazo a la producción de aquellas armas, y así lo ha realizado algún país demográficamente muy importante, pero cuya potencia militar puede calificarse de francamente débil.

Aparte de ello e imprescindiblemente, la organización e instrucción de las Fuer-

zas Armadas que se consideran, debería desarrollarse dentro del marco de un posible empleo de ingenios nucleares tácticos.

Las guerras clásicas limitadas y las revolucionarias, parecen ser las que más probablemente afectarían a un país del tipo considerado que, tal vez, habría de apoyarlas sin ayuda alguna.

Si en lugar de calcar simplemente un modelo tomado de otras potencias más desarrolladas, se estudiase una organización adecuada, las Fuerzas Armadas previstas para intervenir en una hipotética Guerra General, servirían también para una Guerra Limitada. Concretándonos exclusivamente a las fuerzas terrestres, éstas deberían asegurar la guardia del territorio nacional, pero disponiendo a la vez de tales unidades aptas para reforzarlas y consolidar la defensa en cualquier tipo de terreno donde se estima posible su actuación.

Resta la consideración de la Guerra Revolucionaria, que insistimos una vez más, se considera la más probable y la más propia de los tiempos actuales para el caso que estamos considerando.

Siempre son posibles incursiones a través de las fronteras o procedentes del aire o de la mar. Por ello, se estima indispensable que todas las Fuerzas Armadas, pero singularmente el Ejército, que sería el más inmediatamente llamado a enfrentarse con este tipo de lucha, estuviesen preparadas para ella. Incluso, el núcleo de unidades de que venimos hablando, apto para la guerra clásica general o localizada, debe tener una organización lo suficientemente flexible para que pudiese participar también en la guerra contrarrevolucionaria. Aparte de ese núcleo, sería necesario organizar fuerzas territoriales de rápida movilización local y con instrucción y movilidad adecuada para llevar adelante esa lucha. Base para tales acciones habría de ser sobre todo una instrucción muy cuidada, basada en una firme moral, capacidad de iniciativa, incluso en los escalones más

bajos, instrucciones de todo combatiente como fusilero, empleo intensivo y generalizado de las marchas a pie y las operaciones de noche, que deben considerarse como normales. Pero como no parece buen sistema el limitarse a encargar los golpes y contentarse con la pura destrucción o retirada de las partidas que los intenten, se estima recomendable la organización de unidades de guerrilleros que pudiesen llevar ese mismo tipo de lucha al país desde el que la misma se realizase, o se estuviese basando, contra el que se considera. Estas unidades, pocas y pequeñas en número, pero con una instrucción severísima y una disciplina elevada al extremo, estarían integradas por personal de elevadísimo espíritu o con alicientes bastantes, capaz de llevar la guerra al terreno enemigo.

Hemos tratado en todo el análisis que antecede, de examinar de un modo realista, a nuestro entender tan alejado del optimismo y del pesimismo, los problemas de la guerra en la edad que vivimos, insistiendo particularmente en el examen de la posibilidad de una Guerra Total.

Si nuestro razonamiento ha sido correcto, tal vez nos lleve a considerar cuál debe ser la organización más adecuada que debe adoptarse, aplicándola en concreto a los problemas del propio país.

Acaso, por primera vez en la Historia, la humanidad se está preparando para una guerra que ninguno de los dos bandos presumibles desea reñir. Cabe, sin embargo, hacerse la pregunta de si ese mundo se está preparando para la guerra que más probablemente podría desencadenarse. Modestamente nos parece que la respuesta es "no", y ello nos ha inducido a exponer las consideraciones que anteceden como una contribución a la busca de la solución más conveniente a países del tipo de los nuestros, solución que debemos encontrar y que interesa con el mismo grado de urgencia y de importancia, no sólo a los militares, sino igualmente a cada uno de los ciudadanos.